

tocráticos, cobraron grandes fuerzas y energía con un acontecimiento muy peligroso, del cual hablaremos en breve.

V.—INSURRECCION DE LOS LESBIOS CONTRA ATENAS. PLATEA. SENTENCIA CONTRA MITILENE

En lo sucesivo, aparece Cleonte como un político muy influyente en punto á negocios extranjeros: en cuanto á la historia interior de Atenas, se conquistó entre el demos una consideración, debida á que probablemente en 425 aumentó el sueldo de los heliastas y las dietas de los jurados hasta tres óbolos (2 reales). Empobrecido el pueblo por las frecuentes rapiñas de los peloponesios y encarecidos los medios de subsistencia por la devastación del Atica y el rompimiento de relaciones con las comarcas vecinas, abundantes en frutos y pesca, como la Beocia, motivado todo ello por la guerra, encontró aquella disposición favorable acogida en el demos, para el cual el trabajo incesante de los dicasterios, que tantos motivos de discusión originaban, se había convertido con frecuencia en un activo negocio á la par que en un recurso lucrativo. Mas por lo mismo era natural que el partido contrario clamase contra aquella nueva carga impuesta al presupuesto ático durante el período de guerra, en que los gastos anuales de la administración de justicia ascendían á 150 talentos (3.532,500 reales). La indignación subió de punto cuando Cleonte, según modernamente se ha sabido, tomando ejemplo de la guerra del año 428, durante el cual la sublevación de la isla de Lesbos obligó á hacer inauditos esfuerzos, estatuyó la creación de una contribución directa sobre los bienes ó rentas (eisfora) que recayó en las personas acomodadas, para subvenir á las necesidades de la lucha. No se sabe á punto fijo en qué circunstancias consiguió Cleonte que se tomase este acuerdo. Contra la opinión antigua, según la cual Cleonte, hasta el período posterior de su nombramiento para el cargo de estratego, no fué mas que un orador de oposición sin otro cargo público que el de miembro del Consejo que se elegía anualmente, va ganando terreno la que supone que estuvo investido de un alto cargo financiero, y que probablemente desde 426 á 422 desempeñó las funciones de administrador de rentas públicas, fuese ó no este empleo el de tesorero mayor, cuya existencia no se halla bien comprobada.

Poco después de la muerte de Pericles, tuvo otra ocasión de impugnar la dirección que se daba á la guerra cuando á fines del otoño de 429 un cuerpo del ejército peloponesio, á las órdenes del eminente espartano Brasidas, intentó apoderarse por sorpresa del Pireo, golpe que fracasó por la indecisión de los agresores, quienes asolaron, para vengarse del mal éxito, la isla de Salamina. Un considerable número de guerreros que, procedente del Norte, se presentó en aquellas comarcas, tuvo que retirarse, por fortuna, á toda prisa. Las cosas pasaron del modo siguiente: Perdicas, rey macedonio, astuto é infiel, protegió secretamente en 429 los ataques de los enemigos de Atenas contra los acarnanios, y las luchas de los beocios y calcidios con los atenienses (junio de 429) en Spartolos, á pesar de estar unido con estos últimos por un tratado, en virtud del cual le había sido restituida Therma. En vista de ello, Sitalces, al frente de un ejército ateniense, se dirigió á la Calcidia para luchar contra Perdicas y los demás enemigos de Atenas.

Reunió entonces el rey de Odrisia en Doberos, es decir en las fronteras de Macedonia, un formidable ejército compuesto de 100,000 infantes y 50,000 caballos y avanzó á principios de noviembre desde el Noroeste, destruyéndolo todo en Macedonia, hasta el Axio, con el intento de dirigirse hacia el Sur y llevar la devastación á Calcidia. Pero aquellos nuevos bárbaros no solo alarmaron extraordinariamente toda la Grecia hasta las Termópilas, sino que los mismos atenienses lle-

garon á temer tan poderosa fuerza de su aliado y prefirieron renunciar á su auxilio importantísimo. El acuerdo que se había tomado de enviar á Calcidia nuevos buques y tropas de refuerzo, no se llevó á efecto, y se consiguió de Sitalces, con algunos pretextos diplomáticos, acompañados de ricos presentes, que se decidiese á abandonar la campaña y regresase á su patria á los tres días de haber pisado el suelo macedónico. La paz que Sitalces firmó con Perdicas y el matrimonio de su influyente sobrino Seutes, que se decía macedonio, con Estratónice, hermana de Perdicas, libró por mucho tiempo al rey de Macedonia de una situación en extremo peligrosa.

Terminado este episodio, el interés de los partidos en lucha fijóse durante el año de 428 en dos puntos capitales: mientras la guerra en campo abierto tenía por especial teatro la Acarnania, llenó de espanto á los atenienses la noticia de que la mayor parte de la importante isla de Lesbos, que se consideraba como fiel y que ninguna queja podía tener contra la Liga, se había insurreccionado. El gobierno timocrático, los llamados mil, de la ciudad principal de la isla, Mitilene, que regia asimismo las pequeñas ciudades de Antissa, Eresos y Pyrrha, y que por un lado alimentaba el antiguo odio aristocrático contra la democracia ática, y por otro se veía, á causa de la alianza, imposibilitado de extender su soberanía sobre la democrática Methymna, había mantenido desde el comienzo de la guerra secretas relaciones con Esparta, que tomaron un carácter mas grave bajo la influencia de la nobleza tebana. Considerábase entonces que la fuerza y los tesoros de Atenas se habían agotado por la peste y por la lucha de Potidea; contábase, además, con la animosidad de la Jonia, y quizás también con el auxilio de Pisuthne; se hacían con actividad los preparativos de guerra y se encendía en el demos mismo de Lesbos una antipatía hacia el de Atenas, cuando Arquidamas condujo de nuevo á los peloponesios al Atica, para devastar por tercera vez este territorio. El ateniense Clippidas, que en seguida se dirigió con 40 buques á Lesbos, se entretuvo en ciertas negociaciones, dilación que utilizó el gobierno de Mitilene para solicitar el auxilio de Esparta. Entonces se demostró de nuevo cuán poco hábiles eran los espartanos de aquel tiempo, pues perdieron la ocasión que se les venía á las manos de poner de su parte la suerte de la guerra. En vez de prestar en seguida enérgico auxilio á los lesbios, condujeron á los enviados de la isla á los juegos olímpicos, admitieron en su alianza á Lesbos y dieron con esto lugar á que los atenienses, con su energía y alarde de fuerzas, les ganasen la delantera. Apelando á todos los medios financieros, á los cuales se agregó, como ya sabemos, una contribución llamada eisfora, cuyos productos ascendían á 200 talentos (4.710,000 reales) y corrían parejas con las cargas de los aliados, hízose en Atenas cuanto era necesario para conjurar el peligro que la amenazaba. El llamamiento del ejército peloponesio que tenía muy pocos deseos de pasar por segunda vez durante un mismo año el istmo, hizo perder bastante tiempo á Esparta: el plan de atacar desde allí y por mar á Atenas, fracasó por la llegada de una poderosa escuadra ática, mientras otra escuadrilla asolaba las costas de la Laconia. La lucha contra Mitilene se llevó con tanta energía, que los atenienses á las órdenes de Paches, á principios de invierno, habían ya cercado la ciudad cuanto les era posible. Mientras, en este sentido, todo cuanto era adicto á Esparta se mostraba muy cuidadoso de los nuevos aliados, pesaba sobre los atenienses el temor acerca de la suerte de Platea que tantas muestras daba de sin igual lealtad, y que, después de haber enviado á Atenas á las mujeres, niños y demás inútiles para tomar las armas, y contando solo con 400 hombres, defen-

dia sus murallas con tenacidad y valor extraordinario contra los aguerridos beocios y espartanos, que desde 429 la tenían rigurosamente sitiada. La situación de los plateos se iba haciendo cada vez mas difícil, por lo cual 200 de los mas decididos guerreros determinaron buscar su salvación en Atenas, y atravesaron en diciembre de 428, tan atrevida como felizmente, el campo de los sitiadores.

El año 427, tan desgraciado bajo muchos conceptos, fué cruelmente decisivo para los dos puntos principales del teatro de la guerra. Resueltos por fin, á libertar á Mitilene, los espartanos, cuyo rey Arquidamas ó había ya muerto ó se hallaba próximo á su fin, enviaron de nuevo al Atica á primeros de abril el ejército peloponesio mandado por Cleomenes, tutor de su sobrino Pausanias, hijo del rey Pleistonax, que completó las devastaciones anteriormente llevadas á cabo. Cleomenes permaneció en el Atica todo el tiempo que le permitió la escasez de viveres. Esperaba noticias de Lesbos; pero no habiéndolas recibido, se decidió á regresar á Esparta, en donde esta nueva produjo malísimo efecto. Sin embargo, la llegada del enviado espartano Salethos que se dirigió secretamente á Mitilene en febrero de 427, dió nuevo aliento á los sitiados. El almirante Alcidas, que desde primeros de abril había volado con 42 buques peloponesios al auxilio de los de Lesbos, no se atrevió á acercarse á los atenienses por temor á la táctica superior de estos; cuando la imperiosa necesidad determinó al gobierno por instancias de Salethos, á armar al pueblo para un gran llamamiento, el airado demos, tan pronto como se encontró armado, comenzó á hacer la oposición á los nobles y al gobierno y acabó por entregar la ciudad á Paches, quien toleró que los aristócratas se marchasen á Tenedos.

Alcidas, que nada había hecho para salvar la ciudad, cruzó por las costas jónicas; pero sin atreverse á atacar á los atenienses: no apoyó á Pisuthne y demás descontentos de la dominación ateniense, mandó asesinar pérfidamente á las tripulaciones de los buques jónicos mercantes, siguiendo en esto la conducta de los corsarios peloponesios para con los armadores áticos, y se dirigió precipitadamente al Peloponeso, pasando por las aguas cretenses, en donde Paches le salió al encuentro, persiguiéndole hasta Patmos.

Cuando Paches, por fin, envió á Atenas á Salethos y demás prisioneros lesbios, los atenienses, que en seguida mandaban asesinar á los prisioneros espartanos, al decidir acerca de la suerte de los enemigos vencidos, estuvieron á punto de mancharse con un horrible crimen. El demos estaba ferozmente irritado, y los agitadores tenían motivos bastantes para reclamar el castigo de la traición y la perfidia. Mas aun; la convicción de la inseguridad de la alianza ática; la peligrosa agitación de la Jonia, la temeridad de los peloponesios al enviar una escuadra á los mares atenienses, y finalmente los grandes gastos que ocasionaba la guerra de Lesbos, la nueva devastación del Atica y la apurada situación de Platea, eran otros tantos sucesos que impulsaban al pueblo á dar, con los vencidos de Mitilene, un cruel y terrible ejemplo. Efectivamente, resolvióse en el primer consejo, por los enérgicos esfuerzos de Cleonte y á pesar de las protestas de los moderados, destruir la población de Mitilene, asesinando á todos los hombres aptos para el servicio de las armas, cuyo número se elevaba á unos 6,000 y vendiendo como esclavos á las mujeres y á los niños. Esta determinación, derivada del derecho cruel de guerra de los antiguos griegos, era mas digna de las carnicerías asirias y cartaginesas que de la culta ciudad de Pericles. Había ya partido el buque que conducía la sangrienta orden destinada á Paches, cuando en Atenas comenzó á cambiar la opinión, predominando un sentimiento mas benigno. Ante todo se consideró como una necedad evidente destruir el de-

mos que había hecho posible la rendición de la ciudad. El primer impulso de cólera contra la ciudad culpable se había satisfecho con aquella cruel disposición y en cierto modo se había calmado bastante: la opinión pública había cambiado de tal manera, que los tribunales áticos cedieron á la petición de los enviados de Mitilene, y á pesar de oponerse á ello el derecho público de Atenas, convocaron para la mañana siguiente una nueva reunión del demos con objeto de tomar una nueva resolución respecto de la ciudad vencida. Esta vez apeló Cleonte á toda la fuerza de su elocuencia, usando, aunque inútilmente, de una forma durísima, para inducir, con una consecuencia infernal, á los atenienses á perseverar en su cruel determinación. Sin embargo, prevaleció el parecer de Diodotos que defendió hábilmente el sistema de indulgencia y las consideraciones políticas que imperiosamente aconsejaban la moderación del demos, logrando que se anulara el primer acuerdo y por tanto alcanzando la salvación de los de Mitilene. La ciudad vencida perdió su escuadra y sus murallas, y las tierras de la parte de la isla de Lesbos dominadas por ella fueron divididas en mil lotes, que conservaron los lesbios, pero á título de arrendamiento, por el cual debían pagar anualmente un cánón á 2,700 ciudadanos atenienses. Los prisioneros aristócratas fueron condenados á muerte en número de mil.

VI.—DERROTA DE PLATEA. CRUELDADES EN CORCIRA

Este episodio sangriento fué el primer acto de salvajismo que inauguró la serie á que se entregaron los poderes y los partidos de la desgraciada Grecia. La contestación de los enemigos de Atenas á la matanza de los mil lesbios no tardó en darse á conocer, cayendo en el verano de 427 sobre Platea. El resto de la guarnición, es decir, los 200 plateos y los 25 atenienses que no se atrevieron á seguir el ejemplo de sus compañeros, se vieron al poco tiempo obligados á rendirse, no siendo bastante á salvar la antigua gloria de aquella ciudad la falaz promesa de los vencedores de que nadie sería injustamente condenado. La indigna y pérfida pregunta del tribunal de guerra: «¿Habeis prestado durante el transcurso de esta guerra, algun servicio á los lacedemonios ó á sus aliados?» mostró desde luego que el odio de los tebanos había ya dictado de antemano la sentencia condenatoria, que la mas conmovedora elocuencia no hubiera podido revocar. En virtud de ella los valientes guerreros fueron asesinados, la ciudad fué destruida por los tebanos y su territorio agregado á las fronteras de Tebas.

Esta degeneración de la guerra que llevaba al asesinato de los prisioneros, se dejó sentir también en las luchas de partido que por aquel mismo tiempo se desarrollaron en el brutal y salvaje pueblo de Corcira, en donde, poco después de la rendición de Mitilene, un poderoso partido aristocrático, favorable á los peloponesios, á instancias de los corintios, se esforzaba para destruir la democracia entonces dominante, y para entregar la isla al Peloponeso. A consecuencia de esto, se encendió una lucha á muerte entre los partidos de la ciudad, lucha en la cual muy pronto tomaron parte los megarenses. La llegada oportuna del ateniense Nicostratos con 12 buques y 500 mesenios de Naupactos decidió la victoria política de la democracia y el ingreso formal de la isla de Corcira en la simaquia de Atenas. Cuando Nicostratos obligó á algunos ciudadanos, enemigos del orden de cosas existente, á abandonar la isla y á seguirle, se negaron aquellos á esta pretensión, temiendo por su seguridad personal. En ese momento crítico la escuadra peloponesia de Alcidas se aproximaba para proteger á los aristócratas y conseguía una victoria contra los corciris; pero la

audacia y serenidad de Nicostratos, la indecision de Alcidas y la llegada de los buques atenienses conducidos por el Eurimedonte, impidieron que la ciudad de Corcira cayese en manos de sus enemigos. Una vez alejado Alcidas, los demócratas sanguinarios de la isla, protegidos por muchos esclavos manumitidos y por los malos deudores, cayeron furiosamente sobre sus enemigos y se entregaron durante siete días á las mas sangrientas escenas. A pesar de esto, no faltaron quinientos resueltos aristócratas, que abandonando la ensangrentada ciudad, se fortificaron en el monte Istone de la misma isla, para causar desde allí todo el mal posible á los demócratas. Estas crueles escenas, que sin embargo todavía no habian llegado á su punto culminante, inauguraron la serie de las horribles luchas de partido que, en el transcurso de la guerra, desgarraron interiormente multitud de ciudades griegas, coincidiendo en todas partes la enemistad de los aristócratas ú oligarcas contra los demócratas, con la que existía entre espartanos y atenienses, y ocultándose desgraciadamente tras de ella la lucha entre los ricos y los pobres.

VII.—SICILIA DESDE LA MUERTE DE GELONTE. INTERVENCIÓN DE LOS ATENIENSES EN LA GUERRA DE LOS SICILIOTAS

Durante el mismo año 427, las contiendas entre las ciudades dóricas y jónicas de la isla de Sicilia se enlazaron con la gran guerra de raza que se sostenía en la madre patria, naciendo entonces las causas primeras de la posterior y terrible catástrofe del poder ateniense. La enérgica y feliz conducta seguida por Gelon durante la guerra nacional, había robustecido de tal manera la monarquía de Siracusa, que solo las faltas y errores de su sucesor pudieron conmovérla. El hermano y sucesor de Gelon, Hieron (477-476), que sin cuidarse del testamento de su antecesor y prescindiendo de su excelente hermano Polyzelo, en vez de proclamarse regente del hijo de Gelon, menor de edad, usurpó el poder real, fué quien cometió tales faltas. Su administración interior y el modo como se cuidaba mas de sus guardias y de sus tesoros que del amor de los siciliotas, mostraron en seguida que su soberanía tenía mas puntos de contacto con la antigua y esplendente tiranía que con las modernas ideas de Gelon. A pesar de esto, fué un rey esencialmente popular: la magnificencia de su corte era universalmente celebrada; las artes plásticas, la arquitectura, la poesía, las ciencias, estaban en alto grado protegidas; pero lo que mas contribuyó á su popularidad fueron sus grandes hechos de guerra y su imponente política exterior. Hieron fué quien, en 475, acudiendo al auxilio de la italiota ciudad de Cime, derrotó por completo en una batalla naval á los etruscos, antiguos aliados de Cartago que durante el siglo sexto se habían extendido hasta la Campania y dominaban el mar Tirreno. A consecuencia de esta victoria, quedó destruida la soberanía marítima de aquel pueblo, y asegurada la preponderancia de Siracusa en las aguas de Sicilia.

Por este mismo tiempo en Italia, la ciudad doria de Tarento, tomando el lugar de las decadentes ciudades aqueas, emprendió la lucha contra los pueblos del interior que gradualmente se iban extendiendo por el Sur, sin que fuese bastante á amedrentarla ni á debilitarla la gran derrota que sufrió en la guerra contra los yapigios, que tomó nuevo impulso cuando pasaron los tarentinos de la aristocracia á la democracia.

En Sicilia el rey Hieron era en extremo considerado, llegando su poder á su mas alto grado cuando, despues de la muerte del príncipe Theron de Acragas (472), consiguió aniquilar á su hijo Trasideo, que no quería reconocer la hegemonía de Siracusa, y anexionarse el reino agrigentino.

Muerto Hieron en 467, la sangrienta dominación de su hermano Trasibulo precipitó la caída de la monarquía. Al año siguiente, 466, se levantó el partido republicano, y despues

de una corta lucha entre los ciudadanos sublevados de las ciudades siciliotas y los guardias de Trasibulo, este se vió obligado á abandonar para siempre la isla, derrumbándose de este modo el imperio creado por Gelon y Hieron. La caída de la monarquía trajo inmediatamente consigo graves desórdenes y la destrucción del orden de cosas que hasta entonces había existido. Por un lado, los distintos elementos reunidos por el príncipe en las antiguas y modernas ciudades, especialmente los mercenarios, comenzaron á descomponerse y á enemistarse entre sí; por otro, los antiguos indígenas, los sicelios, guiados por el audaz Ducetios, procuraron aprovechar la ocasión y recobrar su independencia, deseo que no pudieron ver realizado y que se desvaneció por completo con la muerte de Ducetios, acaecida en 440. A medida que se fueron consolidando las cosas, fuese Sicilia fraccionando en una porción de ciudades independientes, en las cuales dominaba por completo la democracia. En ellas, sin embargo, se luchaba en vano para lograr la consolidación y duración de las nuevas instituciones, á causa de la movible é inquieta condición de la raza, de la mala influencia debida á la mezcla del pueblo, y de la falta de una escuela política seria y de un derecho, como el que tenían los atenienses en el código de Solon. Las comunidades siciliotas pudieron ciertamente gloriarse de que entre ellas el arte de la palabra, la elocuencia pública así como la investigación histórica y geográfica tomaron gran vuelo, pero casi continuamente se vieron estas ventajas destruidas por violentos movimientos interiores y por las apasionadas luchas de clases, partidos y personas.

La historia de esta parte de Grecia tomó un nuevo aspecto, cuando la democrática Siracusa, desde 440, reanudó la antigua política exterior de los Gelónidas y trabajó con energía y empleando sin consideración la fuerza de las armas para conquistar la soberanía de toda la isla. De esta tendencia surgió una ruda oposición muy parecida á la que desde 432 conmovía á la madre patria, con la cual se estrecharon mas las relaciones. Siracusa, con la masa de los dorios y de los locrios italiotas, estaba en lucha abierta con los elementos jonios, es decir, con el grupo formado por Leontini, Naxos y Catana, á las cuales se agregaron en Italia la doria Camarina y Reggio.

Durante el verano de 427 se vieron los leontinos en una situación tan crítica, que tuvieron que pedir auxilio á los atenienses: la fascinadora elocuencia de su embajador, el filósofo Gorgias, determinó á los de Atenas á tomar parte en las luchas siciliotas. Bajo el punto de vista político, la súplica de los leontinos tenía muchos atractivos; sin embargo Pericles hubiera debido en tales circunstancias pedir seguro consejo, antes de decidirse á extender la guerra que fraccionaba las fuerzas de Atenas, debilitando en tiempo muy poco oportuno las que se habían destinado á las operaciones principales. Desgraciadamente había pasado aquel tiempo en que el genio de un gran hombre de Estado, la unión de fuerzas y de opiniones y una conducta moderada determinaban la política exterior de Atenas; desgraciadamente faltaba el freno que impedía á los atenienses inmiscuirse en empresas aventuradas. Lo cierto es que la alianza de Atenas con los jonios siciliotas no aportó á aquella ventaja alguna inmediata en lo que se refiere á esta fase de la guerra; sin embargo, mostráronse los atenienses por lo menos prudentes enviando á Sicilia, á fines del verano de 427, únicamente las fuerzas cuya falta no podía ser sensiblemente notada en el principal teatro de la guerra. Las consecuencias fueron que las empresas que desde Reggio se intentaron no reportaron ninguna ventaja de importancia; y cuando la estación ateniense de Reggio fué reforzada hácia la primavera de 424 con 60 buques, comenzaron á temer los siciliotas las consecuencias que para ellos

VIII.—DEMÓSTENES SE APODERA DE LA MESÉNICA PYLOS. LOS ATENIENSES TOMAN POR ASALTO Á ESFACTERIA. CRUELDADES EN CORCIRA.

El nombre de Demóstenes se hizo pronto temible para los espartanos. La campaña de pillaje que emprendió en 425 el rey Agis II llamó escasamente la atención de los atenienses, los cuales, en la primavera de aquel mismo año, habían enviado al mar Jónico á los estrategos Eurimedonte y Sófoles con 40 buques, que libertaron á los corciris de sus aristocráticos sitiadores, y pasaron despues á Sicilia. Con ellos marchó Demóstenes, cuyas pretensiones habían sido atendidas por el demos, para proteger la escuadra y para determinar la posesión de los puntos convenientes de la costa del Peloponeso. Su pensamiento mas feliz, inspirado por sus aliados los mesenios de Naupactos, era conquistar para Atenas el importante y entonces asolado puerto de Pylos, situado en las playas mesénicas. No sin mucho trabajo consiguió que los estrategos asintieran á este intento; mas por fin pudo construir un pequeño fuerte al Norte del golfo, hoy llamado de Navarino, que forma la pequeña isla de Esfacteria, cubierta de bosques, y dotarlo con una guarnición de cinco buques y 200 hoplites.

La escuadra ateniense prosiguió luego su ruta; pero la noticia de la fortificación de Demóstenes en Mesenia, indujo á los espartanos, que comprendieron en seguida la trascendencia de este acto, á obrar con pronta energía. El rey Agis abandonó precipitadamente el Atica, donde solo había permanecido dos semanas, é inmediatamente se mandó orden á la escuadra de 40 buques enviada contra Corcira para que se dirigiese á toda prisa á Pylos.

Encendiéndose entonces una encarnizada lucha en las débiles trincheras de Demóstenes, que á última hora había podido enviar dos buques á Eurimedonte. Los atenienses poco tenían ya que temer por tierra, pero por mar apoderáronse por de pronto los peloponesios de la isla Esfacteria y procuraron tomar las posiciones que Demóstenes había adquirido en el golfo. No habiéndolo podido conseguir, pensaban en establecer un sitio en regla, cuando les cayó encima la escuadra ateniense compuesta de 50 buques, que, penetrando con ímpetu en el golfo de Pylos, derrotó á los peloponesios y les obligó á retirar al continente sus embarcaciones. Las tropas peloponesias, que contaban con algunos miles de hombres escogidos, se encontraron en la isla Esfacteria, incomunicadas y privadas por lo tanto de recibir auxilio y de procurarse las provisiones indispensables. En tal estado, los espartanos comenzaron á descorazonarse y pensaron en firmar una paz con Atenas. Concertóse con el general ateniense un armisticio honroso para los peloponesios y se envió una embajada á Atenas para conseguir cuanto antes el tratado de paz.

Era esta una gran ocasión para los atenienses; pero desgraciadamente no había ningun hombre de Estado que supiese valerse de ella en bien de Atenas. Cleonte convirtiéndose en el orador influyente de la asamblea del demos saturada de orgullo por la victoria, y la indujo á que se mostrase en extremo exigente, pidiendo que los guerreros cercados en Esfacteria fuesen conducidos á Atenas como prisioneros y que esta recobrase las plazas peloponesias y megarenses que había perdido en virtud del tratado de 445; despues de lo cual podría poner en libertad á los prisioneros y negociarse un armisticio de duración conveniente. Cuando los embajadores propusieron que los atenienses nombrasen una comisión con la cual pudiesen ellos conferenciar particularmente y aclarar todos los puntos especiales, contestó Cleonte con la grosera y estrepitosa violencia que le era habitual. Aquel demagogo creía, ciertamente, que con el tiempo podría pactarse una paz duradera con Esparta; pero nunca una amistad con dicho

podían tener las victorias alcanzadas por los atenienses en el Peloponeso, de las cuales hablaremos mas adelante. Entonces, gracias al claro talento político del siracusano Hermócrates, jefe del partido aristocrático moderado de su ciudad que había llegado de nuevo al poder, los siciliotas, congregados un día en Gela, pusieron todos de acuerdo, celebraron algunas convenciones generales para resolver lo concerniente á la política que á partir de aquel momento debía seguirse en Sicilia, y, á despecho de los demagogos áticos, hicieron regresar con palabras muy amistosas á su patria la escuadra ateniense que mandaba Eurimedonte. Por desgracia, este primer fracaso de la política ática en Sicilia, que no ocasionó perjuicios materiales, no tuvo la trascendencia que esperaba el sentimiento dominante en Atenas de la cuestión siciliana.

Sin embargo, el envío de una parte de las fuerzas áticas al mar Jónico había contribuido indirectamente á obtener notables ventajas en el teatro de la guerra peloponesia, la mas importante de las cuales fué la mayor extensión dada al plan de guerra ofensivo de Pericles. Durante el año 426, los espartanos y los atenienses habían adquirido gran experiencia en Grecia. Pasada la peste, vióse el Atica libre de la invasión peloponesia, cuyo ejército, reunido junto al istmo por el rey de Esparta Agis II, hijo de Arquidamas, abandonó el Atica, gracias á un terremoto, fenómeno tan comun entonces en la Grecia central, considerado por los enemigos del Atica como un aviso del cielo. En cambio, á instancias de los habitantes de Doris y de la málica Trachis, vejados por los oeteos, aprovecharon los espartanos la ocasión para construir una gran fortaleza en un importante punto estratégico de Grecia, á una milla de la salida occidental de las Termópilas, fortaleza que guarnecieron con 10,000 colonos (300 periecos laconios y 6,000 beocios), y que fué comienzo de la ciudad de Heraclea. Aunque la nueva posición que contenía las hostilidades de los vecinos montañeses, arrastraba una existencia miserable, no pudieron contar los atenienses con grandes ventajas. Uno de sus generales, el ya nombrado Nicias, que en 427, despues de la caída de Mitilene y en posesión de la isla Minoa, había establecido el bloqueo permanente del puerto de Megara, hizo en 426 una tentativa inútil para conseguir que la isla doria de Melos entrase en la alianza de Atenas y asoló, en vista del mal éxito obtenido, las costas beocio-lóricas.

Demóstenes, en cambio, general ático dotado de gran energía, de notables condiciones militares, y de singular audacia, pensó, de acuerdo con los mesenios de Naupactos, imponer la dominación ateniense á los rudos etolios que habitaban entonces en las aldeas de las montañas, entre el Aqueloo y el origen del Spercheios. Su valiente infantería ligera, á la cual se unieron los focenses, fué despues de gran utilidad, pues reforzó el ejército de hoplites áticos. Las dificultades de esta campaña y la precipitación de Demóstenes fueron causa de que los atenienses sufriesen una sensible derrota y de que los etolios se pasasen á los peloponesios. Pronto, sin embargo, conquistóse Demóstenes gran renombre por varios brillantes hechos de armas. Un fuerte ejército peloponesio, mandado por el espartano Euriloco, que habiendo sido enviado durante aquel mismo verano contra Naupactos, no llegó hasta esta isla, supo atraerse á fines del propio año á los ambraciotas que en aquella época pensaban declarar la guerra á sus enemigos, los acarnanios. Demóstenes, al frente de estos, de los mesenios y de un pequeño cuerpo de ejército ateniense, se presentó ante aquellas considerables fuerzas y alcanzó en Olpe una gran victoria, que completó poco despues con una derrota decisiva de las milicias de Ambracia, á consecuencia de la cual firmóse un tratado que obligó á los peloponesios á regresar á su patria.